

## Segunda época.—La dominación musulmana y la reconquista

### 1.—PRIMEROS TIEMPOS DE LA DOMINACIÓN. EL EMIRATO DEPENDIENTE

**143. Los nuevos conquistadores de España.**—Suele llamarse, á los conquistadores que vinieron de África y produjeron la caída del reino visigótico, *árabes*, y con ese nombre los hemos designado hasta aquí. Conviene, no obstante, determinar algo más las cosas, para inteligencia de los hechos ulteriores.

Eran los árabes un pueblo que habitaba la parte occidental de Asia y principalmente la península de su mismo nombre, Arabia. Divididos en tribus, sedentarias unas, nómadas otras, cada una con su jefe especial, llamado *jeque*, no formaban propiamente una nación ni Estado, porque las tribus, lejos de estar unidas y reconocer un poder común, vivían dispersas é independientes, celosas unas de las otras y en luchas continuas. El único lazo que el árabe reconocía era el de su tribu: por ella y por los que á ella pertenecían (sus *con-tributos*) estaba dispuesto á todo; pero con los demás nada tenía que ver. De semejante estado de disgregación vino, en parte, á sacarlos un hombre llamado Mahoma, que era, á la vez, un fanático en religión y un político ambicioso. Sucedió esto á principios del siglo VII. Los árabes profesaban creencias religiosas, la mayoría de las cuales reconocían diferentes dioses ó ídolos, que se veneraban en la Meca, ciudad situada en la vertiente arábiga

del Mar Rojo. Mahoma empezó á predicar una religión nueva, cuyas ideas estaban tomadas del Cristianismo y del Judaísmo, proclamando la existencia de un solo Dios (*Al-lah*), la resurrección de los muertos, el juicio final, en virtud del que irán los buenos al Cielo y los malos al Infierno, y otros dogmas. Prescribía á los creyentes la obligación de rezar cinco veces al día, de ayunar durante un mes al año (Ramadán), de hacer limosnas y de visitar, una vez en la vida al menos, el templo de la Meca. Todos estos preceptos se consignaron en un libro llamado *Alcorán*, que es como la Biblia del Mahometismo.

Los árabes, bastante escépticos y positivistas, se burlaron en un principio de Mahoma y hasta lo persiguieron; pero la energía y la constancia de éste, ayudadas por la fuerza de las armas de los partidarios que logró conquistar, impusieron su doctrina y su poder. Las tribus árabes—sin participar en su mayoría del celo religioso de Mahoma—se dejaron arrastrar más bien por el espíritu guerrero, conquistador, de aquél y de sus sucesores, y se unieron para este efecto, conquistando en pocos años casi toda la Siria y el África del N., incluso Egipto (697-708). Los pueblos dominados, y que aceptaban más ó menos gustosamente la nueva religión, se conocen con el nombre de *Musulmanes*, *Mahometanos* ó *Sarracenos*. Entre ellos era el árabe el principal—por ser quien los había conquistado y ser árabe Mahoma,—pero no el único. Por eso el nombre de *árabes* no conviene, en rigor, á todos los musulmanes.

**144. Organización del imperio musulmán.**—Uno de los efectos principales que produjo la predicación de Mahoma fué la creación de cierta unidad política, mediante el reconocimiento de un jefe supremo, llamado *califa*. Las provincias conquistadas tenían sus gobernadores, y así los hubo en Egipto y en África occidental. Pero la existencia del califa no daba más que una aparente cohesión á las tribus árabes. De hecho, continuaron entre ellas las guerras, ya para conquistar el favor del soberano, ya para nombrar uno á su gusto. Uniéndose á esta división tradicional las causadas por la diferencia en estimar y practicar las ideas y preceptos religiosos, produjéronse diversos partidos que lucharon sin tregua y sangrientamente en todos los territorios musulmanes.

De estos partidos eran los más enemistados el *yemení* ó *kelbi* y el *maadí* ó *caisi*, cada uno de los cuales representaba dentro del pueblo árabe un núcleo de tribus afines entre sí y distintas de las que formaban el otro. Puede decirse que la historia interna del imperio musulmán se reduce á la lucha constante de estos dos partidos, lucha que, unida á la natural independencia y odio respectivo de las tribus, no dejó que se consolidara un poder político robusto, y trajo consigo la disgregación de los dominios árabes, causa de su ruina.

**145. El Noroeste de África.—Los moros.**—A principios del siglo VIII estaba ya conquistada toda el África del Noroeste que había pertenecido antes al imperio bizantino. Los Árabes encontraron allí como base de población, á los Beréberes, pueblo de otra raza que aquéllos, aunque organizados también por tribus. Estos Beréberes son los que se conocen propiamente con el nombre de *Moros*. Diferenciábanse de los árabes en ser más fanáticos que éstos—dominados como se hallaban por la clase sacerdotal (santones) á quien respetaban más que á los jefes de tribu ó *jeques*,—y por un sentido democrático contrario á los instintos aristocráticos de los árabes. Los Beréberes no aceptaron de buen grado la dominación. Se resistieron á ella todo lo que pudieron, y, aunque vencidos, quedaron como enemigos constantes de sus vencedores, sublevándose más de una vez contra ellos. Aceptaron en cambio la nueva religión con gran fervor, adoptando las ideas de las sectas más intransigentes y celosas, en lo cual hallaron también motivo de disentimiento con los indiferentes árabes, motivos que influyeron no poco en las conquistas. Precisamente las tropas musulmanas que en 711 invadieron la España al mando de Tárik, estaban formadas, en su gran mayoría, por berberiscos ó beréberes. Muza fué quien trajo más árabes, de diversas tribus, *yemeníes* y *caisíes*. A pesar de esta diversidad de orígenes, los historiadores y el pueblo han llamado á todos con nombre común, usando, ora el de *moros*, que conviene sólo á los originarios del África, ora el de *árabes*.

**146. Afianzamiento de la dominación árabe en España.**—En el año siguiente á la batalla de Segoyuela, que dió fin á la monarquía goda, prosiguió Muza su campaña dirigiéndose

por Guadalajara á Zaragoza, y hallando unas veces resistencia en los jefes godos, y otras ayuda; como sucedió con el conde Fortunio, de Tarazona, uno de los varios magnates que, atentos á la conservación de sus bienes y de su poderío, no tuvieron escrúpulo en someterse con ciertas ventajas, y aun en apostar de su religión. Estos casos no constituyeron, sin embargo, la mayoría, siendo lo general que los nobles, funcionarios públicos ó no, se resistiesen enérgicamente en defensa de sus derechos y propiedades, que era lo verdaderamente amenazado por la invasión. El pueblo, que no tenía qué perder, no siguió esta conducta. Hasta 713, la guerra había sido relativamente benigna. Al tomar á Mérida, Muza dejó en libertad y en tranquila posesión de sus bienes á los habitantes, no tomando para los vencedores más que los bienes de los muertos, de los emigrados y los de las iglesias; pero la campaña de 714 fué horrible, cometiendo los árabes toda clase de excesos, si bien dejaron á los cristianos en posesión de sus iglesias, respetando el culto.

Terminada la excursión á las tierras del Ebro, emprendieron Muza y Tárik, combinados, la conquista de lo que fué luego Castilla la Vieja y de la Cantabria, caminando de E. á O. y de N. á S. En esta empresa hallaron fuerte resistencia los árabes. Aunque algunos condes se sometieron, siendo mediadores en los pactos los obispos, otros se defendieron valientemente. Al mismo Muza se le atribuyen estas palabras referentes á los españoles: «Son leones dentro de sus fortalezas, y águilas en sus corceles. No malogran ninguna coyuntura, si se les presenta favorable; y desbaratados y vencidos, lejos de hallar mengua en huir del campo de batalla, súbense á lo más fragoso de los bosques y montañas, donde se rehacen luego y vuelven con mayor empuje á la lucha». Con esto declara Muza los dos géneros de combate que usaron los peninsulares: la resistencia en las poblaciones fortificadas, y la guerra de guerrillas, en la misma forma que usaron contra los romanos.

Para afianzar lo que iban conquistando, los árabes fueron estableciendo, en Amaya, Astorga y otros puntos, colonias militares. En la provincia de Valladolid hallaron enérgica oposición en un fuerte llamado de Barú, que los detuvo algún tiempo.

Desde allí dirigióse Muza á tierra de Astures, atacando (según parece interpretarse de textos de cronistas árabes y cristianos) á la población de Luco (*Lucus Asturum?*) y tomando la población, así como su inmediata, Gijón. Los Astures y Godos (§ 151) se refugiaron en las fragosidades de los montes llamados Picos de Europa, desde donde, tiempo después, atacaron á los árabes. Cuando Muza se disponía á penetrar en Galicia, recibió apremiantes órdenes del califa para que se presentase en la corte y rindiese cuentas de su conducta, respecto de la cual había recibido quejas. Muza no tuvo más remedio que obedecer, y con Tárik marchó á embarcarse en Sevilla (714).

Quedó al frente de las fuerzas árabes Abdelaziz, hijo de Muza, el cual realizó expediciones á Portugal y al S. y SE. de Andalucía, apoderándose de Málaga y Granada. Al entrar en tierras de Murcia, halló fuerte resistencia en un conde llamado Teodomiro, la capital de cuyo territorio era Orihuela. Por conveniencias de ambas partes, siendo los árabes pocos, y temiendo Teodomiro hallarse aislado (pues, aunque otros condes se defendían en diferentes puntos, no había acuerdo entre ellos), se celebró una capitulación, reconociendo la independencia de Teodomiro y sus gentes en el territorio de Orihuela, Alicante, Mula, Lorca y otras localidades inciertas, respetando su religión, propiedades é iglesias, y obligándoles tan sólo á pagar leve tributo en dinero y especies.

Abdelaziz no pudo terminar la conquista de España, porque fué asesinado. La vida fastuosa que llevaba, contraria á los rígidos preceptos de su religión, y el hecho de haberse casado con la viuda de Rodrigo, Egilona (los árabes podían casarse con cristianas y judías, sin que éstas renegasen, y en realidad fué muy frecuente el caso de reyes y caudillos árabes que casaron con señoras cristianas españolas, como veremos), hicieronle malquisto y sospechoso entre los suyos. Su obra la terminó el nuevo gobernador llamado Alhor, que, considerando suficientemente subyugada la Península, y vencidas las principales resistencias, después de siete años (de 712 á 718) traspasó los Pirineos y llevó la guerra á las Galias. Engañábase, sin embargo, Alhor. En su tiempo empezó nueva lucha, ya ofensiva, contra los dominadores árabes.

**147. Conducta de los musulmanes en sus conquistas.**—Conquistada España por tropas del gobierno de África, se la consideró dependiente de ésta. El gobernador español (*emir*, en árabe) era nombrado por el de África, siempre bajo la dependencia del califa, que residía en Damasco, ciudad de la Siria. Esta dependencia no impidió que la provincia española fuese teatro de numerosas guerras civiles entre los conquistadores, y que más de una vez se condujera como si fuese realmente independiente.

Los árabes no buscaban en sus conquistas preferentemente la conversión de los pueblos á las ideas religiosas de Mahoma. Su conducta en esta parte varió según el grado de fervor del califa reinante, del general que mandaba las tropas, ó de la resistencia de aquellos á quienes se quería conquistar; pero, en rigor, sus principios eran que los pueblos conquistados debían, ó aceptar el islamismo, ó sujetarse á pagar un tributo personal, además del territorial. Como, según esto, los convertidos pagaban menos contribución al Estado que los no convertidos, había entre los árabes muchos que, mirando á los intereses materiales antes que á los morales, opinaban que no se debía obligar de ningún modo á que se convirtiesen los pueblos conquistados, para de este modo poderles exigir mayores tributos. Estas causas, unidas á los azares y conveniencias de la guerra que no siempre era fácil, y que muchas veces obligaba á firmar tratados (como el de Teodomiro, que se citó), hicieron que los árabes respetasen con bastante frecuencia, no sólo las creencias religiosas, sino la vida especial de las poblaciones dominadas. La conquista, pues—como dice un historiador español,—«no fué cuestión de propaganda religiosa, sino un pillaje más ó menos sistemático».

**148. Organización administrativa y social de lo conquistado.**—La conducta seguida por Muza en Mérida fué la regla general, no obstante algunos excesos y crueldades como los de la campaña de Aragón (714). La gran masa de la población hispano-romana y visigoda continuó, bajo la dominación de los musulmanes, con sus condes, sus jueces, sus obispos, sus iglesias y, en suma, con casi toda la independencia civil. Los emires se contentaron con imponer á los cristianos sometidos las

contribuciones legales, que eran de dos clases: la personal ó *capitación* (1) y la que pagaban los propietarios territoriales, tanto fuesen musulmanes (éstos, sólo por las fincas que antes hubiesen pertenecido á cristianos ó judíos sometidos) como cristianos, aunque, á veces (según indica, v. gr., la capitulación de Coimbra), se les impuso el doble á los cristianos. Se llamaba á este impuesto *jarach* y consistía en una parte de los productos. Las iglesias y monasterios pagaron también contribución. En general, por lo que toca á la propiedad inmueble, parece que la regla seguida fué ésta: Muza reservó de lo conquistado  $\frac{1}{5}$  (en tierras y casas) para el Estado, formando así como un patrimonio público, llamado *joms*, cuyo cultivo concedió á los labradores jóvenes indígenas (siervos), mediante el pago de  $\frac{1}{3}$  de frutos al califa ó á su representante (emir), constituyendo este fondo, principalmente, con las propiedades que habían sido de las iglesias, del Estado visigodo, de los nobles fugitivos y las conquistadas á viva fuerza. A los particulares, soldados y nobles que capitularon ó se sometieron, se les respetó (como en Mérida y en Coimbra) el dominio de todos ó parte de los bienes, con la obligación de pagar un impuesto territorial (*chizya*, análogo al *jarach*), por las tierras labrantías y las de árboles frutales y lo mismo se hizo con algunos monasterios, como se ve en la capitulación de Coimbra. Alcanzaron además estos propietarios indígenas la libertad de vender lo que poseían, facultad que, siguiendo las leyes romanas relativas á la Curia, tenían muy limitada en la época visigoda. Por último, la parte excedente del  $\frac{1}{5}$  en las tierras confiscadas por los conquistadores fué repartida entre los jefes y soldados, ó sea entre las tribus que formaban el ejército. Según una tradición árabe, este reparto lo hizo Muza por completo; según otra, no lo terminó él, sino Samah, hijo de Malic, por orden del califa, el cual confirmó los derechos concedidos por Muza sobre las tierras, y concedió, además, *feudos* sobre los terrenos del Estado á los soldados que trajo consigo Samah. En estos repartos tocaron los distritos del Norte (Galicia, León, Asturias, etc.) á los be-

(1) Diferente en cuantía según la posición social del que la pagaba. Exceptuábase de ella las mujeres, los niños, los monjes, los lisiados, los mendigos y los esclavos.

réberes, que eran los más, y los del Sur (Andalucía) á los árabes. Los siervos visigodos que había en estas tierras y que no huyeron, siguieron en ellas como cultivadores (los árabes sabían poco de agricultura y la desdeñaban, como ocupación inferior), sujetos tan sólo (como los labradores del *joms*) al pago de un  $\frac{1}{3}$  ó  $\frac{1}{5}$  de la cosecha en favor de la tribu ó jefe propietarios; con lo cual, no sólo mejoró la situación de los cultivadores, sino que, por hacerse el reparto entre muchos, se dividió la propiedad, rompiendo la traba de los *latifundia*. Por último, los sirios, que más tarde vinieron á España, obtuvieron, en algunos distritos, según veremos (§ 149), no la propiedad directa de tierras, como los primitivos conquistadores, sino el derecho de cobrar para sí el  $\frac{1}{3}$  que los labradores cristianos del *joms* pagaban, como hemos dicho antes, al Estado. De este modo se creó entre los sirios y la población indígena, en los distritos donde aquéllos se fijaron, una relación análoga á la de los consocios ó *consortes* visigodos y galo-romanos cuando las tribus de Atilfo obtuvieron la posesión de tierras en la Galia.

Los esclavos mejoraron también de condición; de una parte, porque los musulmanes los trataban más dulcemente que los hispano-romanos y los visigodos, y, de otra, porque bastaba su conversión al mahometismo para quedar libres, si eran esclavos de cristianos ó judíos. Claro es que muchos se convirtieron sólo para obtener esta ventaja, sin creer verdaderamente en la religión de Mahoma, y con ellos, más los propietarios que se convirtieron también para librarse de la capitación y conservar sus tierras, se formó una población de cristianos *renegados* que tuvo gran influencia en los sucesos posteriores.

Todas estas ventajas que concedió la administración árabe estaban compensadas, en parte, por la sujeción de la masa cristiana sometida, sujeción pesada sobre todo en lo referente á las iglesias, que dependían del califa, el cual se arrogaba el derecho de nombrar y de poner á los obispos y de convocar los Concilios. Además, andando el tiempo, los pactos celebrados con poblaciones sometidas, como Mérida, v. gr., se violaron, y aumentáronse también las contribuciones que pesaban sobre los vencidos, lo cual originó no pocas guerras.

El núcleo de población peninsular más favorecido fué el de

los judíos. Ganaron éstos en libertad; abolidas las leyes visigodas que los perseguían, tomaron, como aliados de los árabes, gran parte en el gobierno y administración de las ciudades españolas.

**149. Luchas interiores de la España árabe.**—Después de las conquistas de Alhor, los grupos cristianos que habían permanecido independientes no daban gran cuidado á los dominadores, merced á su escasa fuerza; aunque, como veremos, alcanzaron algunas ventajas. El movimiento invasor se dirigió hacia las Galias, donde guerrearon con fortuna diferentes emires, hasta que uno de ellos, Abderrahmán, fué derrotado por un jefe franco llamado Carlos Martel, en las cercanías de la ciudad de Poitiers (732). Este descalabro no puso término á las correrías de los árabes en las Galias, donde conservaron durante algún tiempo bastantes poblaciones de la Septimania (Narbona, entre ellas). Sublevaciones ocurridas entre los beréberes de África á mediados del siglo VIII (740), distrajeron las fuerzas mahometanas y ocasionaron la paralización y luego el retroceso en la conquista.

Lo que principalmente preocupaba efectivamente á los musulmanes era las divisiones interiores y en primer término la rivalidad siempre latente entre árabes y beréberes. Siendo emir Abderrahmán, el derrotado en Poitiers, ó un poco antes, hubo también en España una sublevación de beréberes, dirigidos por el jeque Osman-ben-abi-Nisa ó Munuza (al que se supone gobernador de Oviedo), quien se alió con Eudes, duque de Aquitania, con cuya hermana se había casado. Poco después, en 740, como hemos dicho, los beréberes de África se levantan en guerra por haberles querido su gobernador aumentar los impuestos, y consiguen derrotar, no sólo á las tropas árabes de la provincia, sino á un fuerte ejército, compuesto en su mayoría de sirios (musulmanes de la Siria), que envió el califa. Esta insurrección se comunicó á España, donde los beréberes, no sólo estaban quejosos del mal trato que les daban los árabes, sino empeñados, por fanatismo religioso, en destruir á éstos, cuya impía indiferencia les repugnaba. Todos los beréberes de Galicia, de Mérida, Coria, Talavera y otros lugares, se lanzaron á la guerra. El emir árabe

que entonces gobernaba (llamado Abdelmelik) se vió en tal apuro, que llamó en su auxilio á los restos del ejército sirio derrotado en África y que se había refugiado en Ceuta. Diferentes veces estos sirios, entre los cuales había un gran general llamado Balch, habían pedido á Abdelmelik barcos para pasar á España, con objeto de escapar de los beréberes africanos, y el emir, por miedo de que, una vez en la Península, se le impusieran, no consintió en ello. Ahora veíase precisado á hacerlo, estrechado por las circunstancias. Los sirios llegaron á España, y pelearon de tal modo, que derrotaron á los beréberes y los castigaron con dureza; mas, terminada la guerra y no portándose con ellos el emir según lo pactado, se sublevaron á su vez, arrojando del gobierno á Abdelmelik y nombrando emir á Balch. Siguióse á esto una guerra terrible entre los sirios y los árabes partidarios de Abdelmelik, que eran medineses. Al lado de Balch pelearon muchos esclavos cristianos de los que cultivaban las tierras. A pesar de victorias sucesivas de los sirios, la lucha hubiese continuado por mucho tiempo á no mediar personas sensatas de ambos partidos para concluir con los horrores de la guerra civil. El emir de África contribuyó á este fin, enviando un nuevo gobernador llamado Abuljatar, de origen kelbí, que pacificó á España dando amnistías, trasladando al África á los jeques más revoltosos y alejando de la capital á los sirios, mediante la concesión de tierras del Estado, cuyos siervos desde entonces pagaron á aquéllos el  $\frac{1}{3}$  de la cosecha. De este modo se poblaron con sirios los distritos de Osonoba, Murcia, Beja, Sevilla, Niebla, Sidona, Algeciras, Regio (Málaga), Elvira y Jaén.

No tardó mucho en reanudarse la guerra, esta vez entre caisies ó maadíes y yemenies ó kelbies, motivada por la injusticia con que el nuevo gobernador, kelbí, trataba á los del otro partido. Duró la guerra once años, durante los cuales el poder de hecho lo tuvieron dos jefes caisies, que eran los vencedores, Samail y Yúsuf, siendo de notar que en este período de lucha, los jeques nombraron emires a Yúsuf y á otros sin contar para nada con el califa ni con el gobernador africano. El término á esta situación anárquica lo vino á poner un nuevo personaje, que cambió por completo la suerte política de España.

**150. Abderrahmán.**—Los califas ó jefes supremos del Estado musulmán venían siendo, desde algunos años atrás, de una familia noble llamada de los Omeyas; pero como en Oriente, lo mismo que en España, no cesaban las luchas entre los jeques ambiciosos y las tribus rivales, al cabo fueron destronados los Omeyas por los individuos de otra familia rival, los Abbassidas. Sucedió esto en la época en que Yúsuf figuraba como emir de España. El cambio de dinastía produjo un movimiento anárquico en las provincias. La de África se declaró en parte independiente, y en parte se negó á reconocer á los Abbassidas. En estas circunstancias, un joven de la familia Omeya, llamado Abderrahmán, que había escapado de la matanza ordenada por sus enemigos, refugiándose en Egipto primero y después en el África berberisca, trató de formarse en este último punto un reino independiente. Sus gestiones no tuvieron resultado; y entonces, noticioso de la situación en que se hallaba España, dirigió á ella sus ojos. Apoyado por algunos clientes de su familia, desembarcó en la Península y comenzó la guerra que, después de muchas vicisitudes, terminó venciendo enteramente á Yúsuf y al general Samail y erigiéndose Abderrahmán en emir independiente del califa de Damasco. Con esto empieza una época nueva en la España árabe (758).

**151. Los núcleos cristianos de resistencia.**—Ya hemos visto que los musulmanes hallaron bastante resistencia en algunas regiones de España; pero después de la última campaña de Muza y de las de Abdelaziz y Alhor, pactaron con todos los condes y jefes que quisieron mantener algo de su independencia política. Según dicen los cronistas más antiguos, cristianos y árabes (aunque no faltan autores modernos que tachen de fabulosa toda esta narración), sólo en un punto resistieron continuamente los elementos visigodos, y fué en Asturias. Habíanse replegado allí algunos nobles del S. y del C. de España, no pocos obispos de varias regiones, y restos de los ejércitos vencidos en Mérida, en Castilla y en otros puntos. Al amparo de las montañas, que ofrecían un buen refugio, y quizá con la concurrencia de los indígenas astures, se propusieron resistir á los invasores. La noticia de la muerte de Rodrigo en Segoyuela les hizo pensar en nombrarle sucesor, que les guiase en

la guerra; y reunidos nobles y obispos, nombraron por rey á Pelayo, dignatario que había sido, quizás, en la corte del anterior monarca, y con el cual sigue la línea de reyes visigodos y se continúa la heroica resistencia de Rodrigo.

Por de pronto, Pelayo no pudo hacer gran cosa, dado el escaso número de combatientes que tenía. A la aproximación de Muza (campaña de 714) se retiró á las cercanías de los montes llamados Picos ó Peñas de Europa, (Cangas de Onís), donde se mantuvo á la defensiva y quizá pagando un tributo á los musulmanes que establecieron en Gijón un gobernador berberisco, Munuza. Poco después, siendo emir Abdelaziz, cuya política fué benigna con los cristianos, créese que Pelayo estuvo en Córdoba para celebrar un tratado con aquél. Estas buenas relaciones (no enteramente ciertas, sin embargo) cesaron al venir gobernador el guerrero Alhor. Pelayo y sus partidarios rompieron hostilidades, y no seguros en Cangas, se retiraron hacia las montañas. Allí, en el valle llamado de Covadonga, consiguieron derrotar (718) al jefe de la expedición enviada contra ellos, Alcala, que perdió la vida en la lucha. Esta victoria, señaladísima por venir después de tantas derrotas de los Visigodos, ha adquirido por esto un valor representativo extraordinario. Sin ser, en rigor, más que un episodio en la serie de batallas (Janda, Sevilla, Medina, Mérida, Segoyuela, Barú, etc.) que señalan la resistencia hecha por los nobles y el rey contra los invasores, por venir cuando ya esa resistencia se había acallado en casi todo el resto de la Península y por haber sido favorable á las armas visigodas, tórnase como punto de partida de un nuevo período llamado de la Reconquista de España; y para distinguirla más, se ha supuesto que á consecuencia de ella (y no antes) fué nombrado rey Pelayo.

En rigor, la victoria de Covadonga no dejó de tener importancia, aunque reducida á corto espacio de terreno. Merced á ella parece deducirse de varios textos de cronistas que Munuza se dispuso á evacuar la región oriental de Asturias, siendo derrotado y muerto en el campo de Olalies (Proaza?); pero los emires de Córdoba no dejaron de enviar expediciones militares contra Pelayo, que parece las resistió con fortuna.

Aparte de este núcleo de resistencia, no se tiene noticia se-

gura de que por entonces hubiese otro en España. El reino de Teodomiro en Murcia y otros reñecillos y condados, aunque eran independientes, estaban en rigor sometidos, ó en buena inteligencia con los árabes; de modo, que no representaban fuerzas hostiles, ni además mantenían entre sí relaciones que hubieran podido unirlos, quizá, en una acción común. Sólo algunos años después de Covadonga, en 724, según se cree, apareció en el N. de Aragón y en el límite de la región vasca (que también era independiente en su mayor parte), un nuevo centro cristiano de oposición, cuyo jefe fué un tal Garci-Jiménez (conde?), que derrotó á los árabes, apoderándose de la villa de Ainsa (70 ks. al NE. de Huesca). El territorio que ocuparon este Garci-Jiménez y sus sucesores se llamó Sobrarbe, y comprendía casi todo el partido actual de Boltaña, sobre el Pirineo. Por el mismo tiempo debió existir en territorio navarro otro núcleo independiente, más ó menos relacionado con el de Sobrarbe, y del que los documentos antiguos suponen primer jefe ó soberano á un conde llamado Iñigo Arista. Las noticias que se tienen respecto de los orígenes de estos Estados son, sin embargo, confusas y contradictorias, y nada puede afirmarse en definitiva.

**152. El reino de Asturias.**—Alrededor de Pelayo se habían agrupado, como dijimos, varios nobles visigodos y obispos, entre ellos algunos de Aragón y Navarra, que habían huido de sus diócesis al ocuparlas los árabes. Es lógico que después de la victoria de Covadonga se le unieran más elementos, y que los condes más próximos, en las regiones vecinas de Galicia y Cantabria, aprovecharan la coyuntura para apartarse de la forzada sumisión á los musulmanes y ponerse de acuerdo con el nuevo rey. Evidentemente, aparte del interés monárquico de Pelayo, á los nobles era á quienes más importaba sacudir el yugo musulmán, en primer término para recuperar las tierras confiscadas, en todo ó parte. Como, además, los invasores respetaban la religión y las costumbres de los vencidos, la guerra no tuvo, en sus primeros tiempos, el carácter de lucha religiosa, ni siquiera de raza, sino el de una simple reivindicación patriomonal por parte de la nobleza y el clero y el de una restauración de dignidad por parte de los reyes. La corte de Astu-

rias siguió las tradiciones de la de Toledo; los mismos elementos que en ésta figuraban en aquélla (aunque menores en número), y su situación respectiva era idéntica. Así veremos que continúan las luchas entre la nobleza y el trono, aquélla para conservar su intervención en las elecciones regias y mantener una independencia siempre deseada, y éste para hacerse hereditario y obtener un poder efectivo y absoluto. A esto puede decirse que se reduce en substancia la historia del reino de Asturias por cerca de un siglo; porque las ventajas militares sobre los invasores fueron pocas. El sucesor inmediato de Pelayo (quien murió en Cangas de Onís, en 737), su hijo Favila, no hizo nada en este orden; y aunque el rey que le siguió, Alfonso I, llamado el Católico, duque de Cantabria, según la tradición (lo fué efectivamente su padre), y yerno de Pelayo, aprovechando las guerras civiles de berberiscos y árabes—que por entonces (740-41) perturbaban el territorio mahometano, produciendo la emigración al S. de la mayoría de los berberes,—hizo excursiones guerreras por Galicia, Cantabria y tierras de León, apoderándose de poblaciones importantes como Lugo, ó saqueándolas, no por esto conquistó de modo permanente todos los territorios recorridos. Sin embargo, los musulmanes replegaron más allá del Duero, fijando como línea fronteriza militar la señalada por Coimbra, Coria, Talavera, Toledo, Guadalajara y Pamplona. Esta última población la ocuparon sólo pasajeramente. Los cristianos poseyeron permanentemente la faja de tierra más cercana al mar (Asturias, Santander, algo de la provincia de Burgos, León y Galicia). Entre esta línea y la anterior quedó un espacio casi desierto, sin dominación expresa, disputado continuamente por unos y otros. Victorias sucesivas de reyes que siguieron á Alfonso, ensancharon poco á poco el reino; pero hasta el siglo XI no puede decirse, en rigor, que los cristianos tomaran la ofensiva contra los árabes, ni la frontera de su no siempre constante independencia, pasó, en los momentos más favorables de este período, de la línea del Guadarrama; continuando el resto de la Península, incluso la mayoría de los territorios de Aragón, en pleno poder de los musulmanes. Alfonso I murió después de las citadas campañas y de haber contribuido mucho á la restauración del antiguo orden social en la región N., me-

dante la repoblación de tierras, reconstrucción y fundación de iglesias y monasterios, etc. Sucedió esto en 756, al tiempo que Abderrahmán creaba el emirato independiente.

## 2.—EL EMIRATO INDEPENDIENTE Y EL CALIFATO DE CÓRDOBA

**153. Abderrahmán I.**—Las victorias obtenidas por Abderrahmán sobre Yúsuf y los kelbís, no consiguieron apaciguar la España árabe. Por mucho tiempo el nuevo emir independiente vió su poder disputado ó no reconocido por los kelbís, los beréberes y por muchos jeques de distintas tribus. Los 32 años de reinado de Abderrahmán fueron de guerra constante, en que la anarquía interior se vió sostenida por jefes enviados con carácter de gobernadores por el califa abassida, que no podía consentir que en España reinase un Omeya. Después de muchas vicisitudes, Abderrahmán logró imponerse, no sólo venciendo á los enemigos interiores, sino peleando contra los vascos y haciendo tributario al conde de la Cerdeña (1) que, por lo visto, era independiente. A consecuencia de una de las conspiraciones tramadas contra el emir, entró en España como auxiliar el rey franco Carlomagno, célebre por el gran poder que había alcanzado en el centro de Europa. La combinación proyectada por los conspiradores no se realizó, merced á varias circunstancias fortuitas, y Carlomagno—á quien reclamaban otras atenciones en su reino—tuvo que volverse con sus tropas después de haber conquistado varias ciudades del N. y llegar hasta Zaragoza. La retaguardia del ejército franco fué destrozada completamente en el desfiladero de Roncesvalles por los indómitos Vascos, muriendo allí un célebre guerrero franco, prefecto de la Marca de Bretaña, llamado Roldán, de cuya muerte se formó una célebre leyenda, origen de un poema épico (*Chanson de Roland*). Carlomagno no olvidó, sin embargo, el camino de España. Ya veremos cómo buscan su alianza elementos cristianos y cómo se apodera, al cabo, de parte de las regiones del NE., que luego constituyeron la Cataluña.

A fuerza de luchar con unos y con otros y de castigar dura-

(1) Territorios de los Pirineos Orientales, al N. de Cataluña.

mente las rebeliones, Abderrahmán aseguró su dominación, recuperando las ciudades conquistadas por los Francos, pero creándose una situación difícil respecto del pueblo. Le odiaban los jeques árabes y beréberes, y tuvo que rodearse para su seguridad de tropas compuestas de esclavos comprados y de gentes traídas de África. Los propósitos de Abderrahmán, que eran la fundación de una monarquía robusta y la sumisión de la aristocracia musulmana, concluyendo con la efectiva independencia y las luchas de las tribus, tropezaban con la tradición, con el orgullo de la nobleza árabe, con los instintos democráticos é indómitos de los beréberes y con el odio inextinguible de unas tribus respecto de otras. Ya veremos cuánto tuvieron que luchar sus sucesores para lograr, por poco tiempo, aquellos fines. Lo que Abderrahmán consiguió plenamente fué hacerse respetar por el califa de Bagdad, que, asombrado de los triunfos militares de aquél, se resignó á reconocer su independencia.

## 154. Sublevaciones del partido religioso y del nacional.

—El sucesor de Abderrahmán I, su hijo Hixem I, era un príncipe sumamente religioso, caritativo y modesto. Aunque no dejó de guerrear, primero con algunos gobernadores poco sumisos y luego con los cristianos de Asturias y Galicia, los Vascos y los Francos de Septimania, derrotando al conde de Tolosa (793), su actividad principal se dirigió del lado de la religión, protegiendo los estudios religiosos y favoreciendo mucho á los teólogos ó alfaquíes. De este modo, el partido fanático creció en importancia, y llegó á contar en su seno multitud de jóvenes hábiles, ambiciosos y atrevidos. El resultado de esta preponderancia se vió bien claro en el reinado del sucesor de Hixem, Alhacam ó Haquem I. Sin dejar de ser creyente, el nuevo rey se permitía ciertas licencias en su conducta (como beber vino y cazar sin descanso, cosas prohibidas), y, lo que era peor, concedía menos influencia en el gobierno que su padre Hixem, á los alfaquíes. Herido en sus aspiraciones el partido religioso, se convirtió en demagógico, excitando al pueblo contra el emir y conspirando contra él. Llegó el caso de tirarle piedras cuando iba por la calle. Por dos veces castigó á los revoltosos de Córdoba Alhacam; pero no escarmentaron por eso, antes desearon vengarse. En 814 se amotinaron de nuevo los fanáticos y llegaron á sitiar